

# La caza

## I

**A**quel día de otoño, en las vísperas, estaba solo. Tres años atrás había visto por última vez a su padre, en la galería que daba al naciente, sentado en su hamaca de mimbre. En el fondo, el viejo nunca le perdonó que hubiese preferido irse al sur y regresar al cabo de los años con su diploma de abogado y desde entonces estuvo convencido de que ya nada valía la pena, ningún esfuerzo ni trabajo ni ambición que para dar frutos requiriese más tiempo que el de sus propios días. Tampoco los demás estaban, salvo la anciana Etelvina, cohibida por la lumbalgia y dos o tres sirvientes innominados. El fundo sólo daba un diezmo de maíz y otro de alfalfa y en la casa, donde alguna vez había dormido la siesta el general Pezuela, reinaban la penumbra y la nostalgia.

## II

Ahora él desde su despacho miraba a través de los gruesos cristales del ventanal, biselados y perfectos, traídos de Inglaterra en tiempos de su bisabuela, y contemplaba las calles a esa hora casi desiertas que, también en tiempos de su bisabuela, estaban empedradas y entoces, como ahora, la naturaleza era tan fecunda que los sirvientes de las casas (sólo había una decena de empleados municipales) debían de vez en cuando arrancar el pasto que crecía entre las piedras.

Desde que la vio no pudo sino pensar en el suave, imperceptible apretón de su mano. Sus dos edades no superaban, sumadas, el medio siglo, casi equivalentes a la edad de su marido, capitán retirado, virilmente cordial y rechoncho, cuyas dos pasiones parecían ser las barajas y las putas, que consumían sus noches en el Club y los amaneceres en el burdel de los aledaños, cerca de la aceña abandonada, regentada por una madama remota y exageradamente rusa llamada Sonja.

Él, hasta entonces, un flamante abogado sin clientes y sin preocupaciones comenzó a sentir algo nuevo, insólito y ambiguo. Aceptó el cargo de fiscal del tribunal sólo tal vez porque creía compartir así las amistades de personas que eran comunes al grupo dentro del cual ella vivía. Ni el crimen ni el derecho le importaban sino en función de la mirada de aquellos ojos oscuros, de aquellos hombres caballerescos y brutales, también ajenos al derecho y a los códigos pero prójimos a ella, para los cuales la ley, las pasiones o infortunios sólo eran como una anécdota de clase, como una historia marginal y destinada al olvido.

Cuando no estaba ella buscaba la compañía de quienes la conocieran de alguna manera, inmediata o remota, de sus amigos, parientes lejanos o allegados. Creyó amar la mera existencia de esa gente, los días comunes, las mañanas soleadas o lluviosas, la soledad aséptica y anticuada de su despacho de fiscal, la contigüidad accidental o buscada en el Club donde el capitán, sonriente y generoso con sus iguales y aún con los camareros, era como uno más. Luego de las horas de despacho en la fiscalía, antes de que finalizara el atardecer y estuviese abierto el Club, había comenzado a dar largos y demorados paseos por la ciudad, un mero pretexto para caminar frente a su casa, y en aquellos momentos sentía como un marasmo o como una borrachera trémula que lo dejaba a la vez lúcido y confuso y entonces, por un instante, se daba cuenta de qué manera las cosas cotidianas, la calle, los muros, las piedras, los ventanales, la asombrosa objetividad del mundo, lo que no cambia o aparenta no cambiar, roza los misterios de la vida.

También por entonces trataba de buscar la compañía de otras mujeres respecto de las cuales no tenía propósitos ni proyectos ni fantasías y que buscaba con el solo fin de que hablaran de ella, de que mencionaran su nombre o la aludieran, puesto que casi siempre nos enamoramos por lo que otros dicen. Y después, como siempre regresaba a su despacho, entre los cuatro muros, que eran para él su distancia y su refugio, pero a la vez sus límites, donde volvía a encontrarse consigo mismo como con un cuchillo desnudo; donde, sin embargo, había una ventana que daba al campo abierto, que era como todos los campos y que a esa hora era como todas las tardes, aunque en realidad nada de eso le importara o sólo le importara lo que no sabía o lo que aún no había sucedido y esperaba intranquilo, preso, como el relámpago añorando un vago incendio.

### III

Ningún paisaje, ninguna llanura o montaña, ni valle con laguna y árboles desiguales está en su solo sitio; son inagotables porque estuvieron y estarán en los ojos de cada quien se llevó consigo la visión de esta tierra, de este país salvaje y doblegado.

Cuando él llegó a la casa, y aún antes de llegar, mientras recorría el camino que a trechos se confundía o se juntaba con el cauce del río o ancho arroyo ahora seco,

ya sabía de qué manera aquella soledad o el vacío le pesaba. Allí estaban, más viejos o ignotos, los sobrevivientes, agrupados en fila —cuatro o cinco— para recibirlo, y todo era como una desleída memoria, una mecánica costumbre, los gestos somnolientos de un viejo y equívoco vasallaje, niebla o humo de la memoria. Qué decirles, si es que acaso esperaban una palabra. Todos eran otros, y él venía a ser para los otros y para consigo mismo sólo un recuerdo, un mero ademán, una vaga ilusión. Y entonces quiso que al menos lloviera, puesto que había perdido quizá los viejos atributos del señorío, es decir, preocuparse por los demás; si al menos lloviese y todos, los otros y él, tuvieran el pretexto para buscar refugio y apartarse.

Después, solo, adentro, en la penumbra apenas esclarecida por el quinqué de querosén con pantalla de enaguillas, volvió a preguntarse si valía la pena el riesgo del encuentro; pero ya no había lugar para estas dudas, y además, ahora sabía que sin amor el hombre se endurece y pierde su sutileza y ambigüedad; sin mujer el hombre sobrevive en un mundo maniqueo y envejece sin remedio ya que para un hombre la mujer es la ilusión de la vida. Observó su vieja cama contra el muro, donde había estado siempre y junto a la cual una mañana remota vio a su padre que lo esperaba como nunca antes lo había hecho, el armario cerrado, la mesa y la única silla junto a la mesa, el solado de viejos listones de madera. Todo olía vagamente a encierro. Sólo tenía que mirar a los ojos de estos sobrevivientes que quedaban en la casa para saber quiénes habían sido su padre y su madre a la que nunca vio porque el doctor había llegado demasiado tarde o nunca fue llamado, y ver otra vez el viejo feroz orgullo de una independencia no propuesta ni siquiera defendida, inconscientemente oculta como un pecado común a este pueblo que asumió los gestos de una grandeza sin humildad antes de haberla tenido ni perdido. Pero él, se dijo, no tenía orgullo ni pasado, su padre no era el pasado, era sólo como un gran vacío o como una piedra y él era como un bastardo de esa piedra o de esa oscuridad, o de ese gesto oscuro y permanente. No tenía a nadie, ni siquiera este caserón ruinoso, nunca había sido un niño o un muchacho que crece para dudar o para tener secretos y aprender lo que podrían haber sido la tolerancia o el rencor, el amor o las ganas, o el miedo al espacio, en el campo, donde resplandecían las estrellas nítidas y frías y de este modo sentía que había nacido demasiado tarde para estos tiempos, sin haber conocido a sus abuelos, todos premuertos y remotos, únicos interlocutores de un niño, sin gestos ni pasiones ni grandes palabras.

## IV

Él, en ese atardecer de otoño que ya era casi noche, había permanecido absorto, acodado en el cerco del gran corral, observando cómo se apareaba su yegua blanca y joven y de ojos colorados con un garañón renegrido, vigoroso y de crines entrecanas, ágil y agresivo como un toro felino. Ella lo dejaba hacer, temblorosamente conte-

nida, y él observaba con estupor pero también con inconsciente culpa o temor aquello que era inevitable como un hecho de la naturaleza.

Tenía las manos húmedas, los ojos dilatados y quizá la boca entreabierta y la garganta seca, cuando el padre, que a su vez lo observaba, con el talero colgante junto a su bota izquierda, de pie en el portón trasero, el que daba a los corrales, dijo creo que va siendo hora, palabras dichas para sí, tal vez, o en realidad pronunciadas para que lo supiera el mestizo Marcelo, su entenado más adicto, aunque ni siquiera en ese momento lo veía o no sabía siquiera que estuviese allí como siempre, como una sombra para mandar, a su lado o en la conveniente cercanía. Y cuando el padre dijo creo que ya es tiempo, Marcelo dijo que sí, aunque tal vez ni siquiera hablase. Después el patrón y padre y el entenado, cada quien por su lado, desaparecieron casa adentro y el niño, que no los había visto ni había visto a nadie y estaba solo, cuando la yegua quedó desocupada, nerviosa y como triunfante corrió hacia ella y trató de abrazarla por el cogote y ella sorprendida o asustada dio un relincho enseñando sus dientes poderosos y levantó sus patas delanteras amenazadoramente, esquivándolo para huir al trote hacia las sombras porque ya era la noche, de luna creciente pero escasa.

Él nunca se enteró de lo que hablaron su padre y el entenado Marcelo cuando, dos horas después, revolviéndose en la cama no alcanzaba a entrar en el sueño, asaltado por la imagen de los ojos dilatados y rojos de la yegua, de su temblor, de la visión del caballo azul oscuro o negro, temiblemente vigoroso y reluciente de sudor, montado en ella porque una confusa sensación de piedad y de odio le impedía conciliar el sueño y así fue hasta el anuncio del alba.

Pero el padre, aún con el sombrero puesto y el entenado Marcelo, el padre sentado a la cabecera de la mesa de madera resobada por los años y sólida, en la cocina, y Marcelo de pie conjeturaron o sólo el padre lo hizo y el otro sólo dijo que sí, que ya era tiempo y para mejor, coincidía, el tiempo, con la estación seca, cuando las corzuelas y las vicuñas y aún los demás montaraces acudían a las aguadas, mucho más allá del confín del fundo.

A la mañana siguiente, al alba, fue que el padre, cuando ya Etelvina y la otra doncella india habían acudido a su cuarto para recordarlo y vestirlo, que el padre irrumpió en la habitación y les ordenó con la mirada que se fueran.

—Ya todos los hombres están de pie. Y desde ahora lo harás sin que ninguna mujer te vista.

En la cocina, Marcelo y dos o tres o cuatro hombres más, le dejaron sitio y una sirvienta gorda y oscura en silencio puso en su sitio el tazón de cuajada y el café. Después todos salieron menos el padre, que dijo:

—El tiempo te ha llegado, como a todos —al decir esto no lo miraba. Estaba de pie, dándole la espalda y parecía mirar a la llanura o a lo lejos, hacia las montañas más confusas— Y hay que hacer lo que hemos hecho todos. Aquí está tu carabina —dijo, enseñandosela—. Fue la mía y la de tu abuelo, que en paz descansa. Será el jueves.

Él lo miró y el padre dijo: